

Estos dos venerables carmelitas descalzos –hermanos carnales– florecieron en la España de los últimos decenios del siglo XVII y primera mitad del XVIII. Como si la patria de aquella época quisiera hacer un esfuerzo sobrehumano para no sucumbir –llena de fe y de piedad– ante la frialdad e indiferencia de la nueva política que la gobernaba desde la otra parte de los Pirineos.

El P. Francisco de Jesús María nació en Puigcerdà hacia el 1670. La cómoda posición de sus padres no le fue obstáculo alguno para seguir el llamamiento divino a la vocación religiosa, profesión que abrazó en los carmelitas descalzos de Barcelona, donde radicaba el noviciado de la provincia carmelitana de Cataluña. Hizo los votos solemnes el 12 de noviembre de 1697, prosiguiendo, luego, su carrera eclesiástica. Por algunos años ejerció el profesorado de los colegios de Filosofía, Dogmática y Moral, sucesivamente. Más tarde desempeñó el oficio de prior en diversas comunidades por espacio de 18 años, y siendo dos trienios (1724-27 y 1730-33) provincial de Cataluña. Dondequiera que el P. Francisco estuvo, no le abandonaron sus prendas de humildad, sencillez y caridad que aureolaron toda su vida, como nos atestiguan sus contemporáneos. Uno de ellos nos dice que fue “...uno de los héroes más brillantes en santidad que en nuestro siglo (XVIII) han florecido en la Iglesia...”¹ Por esto no nos debe extrañar que ya en vida, el pueblo (siempre sincero y espontáneo) le llamase santo.² Los pobres fueron quienes mejor apreciaron sus bondadosas caridades. Pero el Señor quiso probar su virtud en los últimos días de su vida. El Jueves Santo fue atacado de parálisis total y el día de Resurrección del mismo año, a las 3 o 4 de la mañana –cuando la comunidad se preparaba para cantar los maitines de la festividad– pasó a la eternidad para cantarlos sin ataduras mortales, en el año 1750.

M. María Alberta de Sto. Domingo no dejó aventajarse por su santo hermano, corriendo a la par en el camino de la santidad que nos dejó escrita y publicada en una biografía que recopiló el P. Manuel Caralps, O. P., a los pocos años de fallecida la venerable (1747). Vió la luz el 17 de abril de 1657, también en Puigcerdà. A los 26 años dejó el mundo con todo su brillante porvenir y se retiró a la soledad de los claustros carmelitanos, dentro del monasterio de carmelitas descalzas de Vic. Aquí profesó el día de la festividad de la Santa Madre de 1684, a la que se asemejó mucho en su espíritu grande y emprendedor. La misma comunidad nos lo atestigua con el hecho de haberla elegido para priora en siete distintos trienios. Entre el epistolario publicado de Fr. José de S. Benito, lego benedictino de altos vuelos y doctrina, gloria del monasterio de Montserrat, se encuentra numerosa correspondencia mantenida con la M. Alberta sobre cosas de espíritu. ¡Hasta la santa montaña había llegado su fama de santidad! Llena de méritos,

* [Publicat a *Almanaque Carmelitano-Teresiano* (1958), pp. 95-96.]

1 *Cronologia/ crítico-apologética/ de la religión/ carmelitana..., dispuesta/ por el p. fr. Joseph de la Virgen, carmelita/ descalzo; ms., p. 388; Biblioteca universitaria de Barcelona, sign. 528.*

2 *Ibid., p. 391.*

murió en el ósculo del Señor el día 24 de mayo de 1739, dejando tras sí las virtudes y prodigios que pueden llevarla ¿a los altares?

Creemos sinceramente que ambos hermanos son dignos (siempre sumisos al mejor parecer de la santa Madre la Iglesia), del honor de los altares, que no hablaría poco en favor de la España del siglo XVIII.

Badalona, 24-VII-1957.